

caer entre humo y polvareda bajo la bárbara máquina, el rasgado grito de Lena, el aullido salvaje del *Meli*, el cobarde escapar del *auto*. Gemieron mis entrañas y rugió mi furor:

—¡Hijo, hijo de mi alma!

Fué como si el Universo saltase pulverizado. Ante el palpitante despojo y el insolente huir de los asesinos, el dolor y la ira se disputaron mi razón en un momento apocalíptico. Llameó la locura por mis venas, vi rojo, así de la escopeta, cargada desde la víspera... ¡Bien aproveché sus dos tiros! La primera bala hirió al *chauffeur*, que, al soltar el guía, dejó el *auto* estrellarse contra un árbol; la segunda baja mató á Lena.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N. L.

LA CARTA DEL MUERTO

Idilio contemporáneo.

I

El caserón aquel de la calle de Leganitos, en que hace más de quince años conocí al bravo general Enríquez, parecía construido y aun envejecido de propósito para albergarle dignamente á él y á su incomparable familia.

Fachada extensa, poco elevada y llena de huecos anchos y altos, como hechos para tragar mucha luz; portada de piedra rematada en relevado blasón, que el tiempo y las lluvias acentuaron con vigoroso claroscuro; ancha escalera de bajos peldaños, techos altos de recia viguería; amplias habitaciones, que abrían sobre la calle ó sobre un extenso jardín tapizado de hiedra y poblado de añosos frutales; en suma, que la casa era traducción gráfica del carácter de su más antiguo inquilino: grandeza, solidez, alegría, rancia nobleza y castizo españolismo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N. L.

Tal era el general don Alfonso Enriquez de León, mi viejo y entrañable amigo; por eso acostumbraba á decirme: «Chiquilla, los veteranos que *pertenecemos á la historia, encajamos* bien en estos solares con hiedra y con blasones.»

Y cierto que su vida militar pertenecía á la historia, no sólo por pretérita, sino por gloriosa; ¡como que la última página la escribió don Alfonso con su propia sangre en los campos de Africa!

La generala, doña Carmen Ramírez de Avenaño, no era menos digna de aquella decoración histórica; pero no, ciertamente, por el lado de las vanidades heráldicas ni de las preocupaciones de clase: doña Carmen era lo que llamaban nuestros abuelos *toda una señora cristiana*. Tipo modesto, sin relieve, vulgar, como hecho de fáciles y caseras virtudes, pero tan egregiamente español, que en él vemos el retrato de nuestras madres y el prototipo de las madres de nuestros héroes.

Porque la raíz de las más altas virtudes de nuestros pasados solía estar en el corazón de madres tan obscuras y tan preclaras como aquélla.

Ignoro si los generales tenían blasones nobiliarios; pero afirmo que eran dignos de fundarlos, y por nobles los doy, y de la mejor cepa.

Ni él ni ella eran ignorantes; habían leído mucho y sabido asimilárselo. Su juventud y sus amores coincidieron con lo más álgido del período romántico, y aquella violenta exaltación de la sensibilidad en la primavera de la vida, aunque modificada por la reacción de las ideas mo-

dernas (no despreciadas por ellos) y amortiguada bajo la ceniza de los años, fulguraba todavía como vivo esplendor remoto dentro de aquellos espíritus, siempre prontos á inflamarse de entusiasmo por cuanto fuese generoso, cristiano y español.

Por eso aquellos dos viejos, que se amaban como en el día de su boda, eran siempre jóvenes, y en ocasiones niños.

Gentes anticuadas, ¿verdad? Pero así eran, ¡y lástima que se vayan extinguiendo!

La nota modernista de la casa era el hijo, Fernando; porque Lolita, una sobrina huérfana que para los generales era otra hija, no tenía de moderno más que los años—que al comenzar este relato (1895) no pasaban de veinte—, y la inteligencia tan prematura y emprendedora, que en viva curiosidad de saber y en maravillosa rapidez de percepción dejábase atrás á los hombres más listos y leídos.

En cuanto al sentimiento, el juicio y todos los elementos que componen el *carácter*, Lolita era contemporánea de sus tíos: vieja por la reflexión, y permanentemente joven por la intacta lozanía de una sensibilidad inmarcesible.

En resumen: Lolita, juzgada por su exterior, era para los extraños una *muchacha sosa*; para sus tíos, un *angelito sabio*; para Fernando, una *chiquilla vieja*.

Vista por dentro, sorprendida con la conciencia y el corazón abiertos, en la hora feliz y dorada de las muchachas, en los largos *ensueños*

de antes de dormirse, Lolita era toda una mujer, tan capaz de amar como la que más y tan digna de ser amada como ninguna.

Lo que ella pensaba, sentía y padecía en aquellas horas de callada intimidad, sólo Dios, que oía sus tiernas oraciones mezcladas de confidencias, y su almohadita, que muchas veces se bebía sus lágrimas, hubieran podido decirlo; por eso nadie lo sabía.

Toda la vigorosa florescencia de su juventud brotaba hacia dentro, y así, mientras el huerto cerrado de su alma se cuajaba de primaverales flores, al exterior Lolita no era más que una niña pálida, anémica y desmedradilla, á quien solamente libraban de la insignificancia el vivo centelleo de sus ojos inteligentísimos y la efusiva simpatía de su espíritu, que, como la luz y el perfume, se propagaba suavemente en torno suyo.

Lo cierto es que la chiquilla parecía hecha para absorber las penas de la casa, y para llenarla toda de su solicitud y su cariño. Pero ¿con qué moneda mejor hubiera pagado á los viejos la generosa adopción que de ella hicieron?

El caso, por dicha, no es raro; pues así como dice un adagio conmovedoramente providencialista que *cada hijo trae un pan debajo del brazo*, pudiera inventarse otro que expresase que cada huérfana prohijada lleva á la familia amparadora una dote de ternura.

Y claro es que con la que ella daba por gratitud se doblaba la que los ancianos le consagraron de balde cuando, muerta su madre al

darle vida, y muerto poco después su padre en la primera campaña de Cuba, la llevaron á su casa como á hija.

Así, Fernando la tenía por verdadera hermana; y eso que no existieron tipos más opuestos.

Porque aún no he dicho que el heredero del general Enríquez, capitán de Estado Mayor, que frisaba en los veintiocho años (salió de la Academia á los diez y ocho y por riguroso escalafón acababa de obtener la tercera estrella), era todo un guapo mozo, el prototipo de la hermosura varonil en su más perfecta expresión.

Fernando era la armónica plenitud de la vida, libre de exaltaciones y de neurosis, sana de todo morboso sentimentalismo; era la juventud triunfante y confiada en sí propia; la salud, la belleza y la fuerza combinadas en perfecto equilibrio; tenía la arrogancia, las proporciones y la impasibilidad inalterable y luminosa de los mármoles griegos.

Si un escultor simbolista hubiese querido personificar en dos figuras de actualidad las dos eternas tendencias de la estética y del espíritu humano, el *clasicismo* y el *romanticismo*, hubiese escogido como tipo único del ideal plástico á Fernando, con su belleza y su radiosa serenidad de estatua helénica, y como expresión insuperable del arte espiritualista á Lolita, cuyo cuerpo, que no era más que el organismo de una sensibilidad, parecía la irradiación etérea de su alma, el tenue vaso de alabastro hecho para contener una azucena.

Pero, á pesar de que contrastaban tan violentamente, ó quizás por lo mismo, Fernando y Lolita se querían, se necesitaban y se buscaban de continuo.

Fernando miraba á la muchacha como á verdadera hermanita menor, enfermiza y lista; en cuanto á débil, la protegía y la mimaba como á un niño; en cuanto á lista, la consultaba y confiaba todo lo que puede confiar á una niña el hermano más celoso de su virginal inocencia; pero dentro de estos límites, en sus confianzas la trataba con militar franqueza, como á un camarada afectuoso. Esto era reconocerle *talento macho*, como él decía bromeando, y ascenderla de paisanilla á *comandanta* por lo menos, puesto que á menudo ella acababa por dictarle órdenes.

No le satisfacía ni pizca á la niña aquella militar *camaradería* del primito, que solía pecar de egoísta y desconsiderado—¡sí, señor!—, porque no tenía nada de galante ni de halagüeño para ella—asi lo pensaba—aquello de marearla á cada paso, contándole sus cuitas y noviazgos más ó menos formales, y leyéndole cartas donde sobraba de perfumes lo que faltaba de ortografía y de sentido.

—Chiquilla, estas cosas nos encantan á los hombres—contestaba él á las picantes censuras de Lolita—: nos gustan las muchachas ignorantes, bonitas y frívolas; ligeras y vacías como la espuma...; ¡por algo nació de ella Venus!

—¡Claro, y así salió la señora diosa! Tenéis lo que merecéis. Buscáis mujeres casquivanas y

vanidosas que no conocen más culto que el de su belleza; que se casan más por el *trousseau* que por el novio; que os quieren, no por lo que sois, sino porque halagáis su vanidad y sostenéis su lujo, y luego...

—¡Primita, vamos!—queriendo contentarla—. ¿Y luego qué?

—¡Y luego, cuando tenéis una preocupación ó un conflicto, un asunto grave, una pena honda, vais á consultarlas, y... ¡os encontráis con un adoquín estucado!

—¡Envidiosilla!

—¡Eso faltaba! ¡Yo envidiosa! ¡Adiós..., y no me busques más!—llorando.

—¡Ven, tonta!—tomándole las manos con cariño—. ¿Pero no te lo cuento yo todo, no eres mi paño de lágrimas?

—¡Sí, para eso quedamos las primitas feas y sabidillas, como tú dices!

—¡Las primitas buenas y listas y divinas y saladas! ¡Venga usted acá, mamarracho!... ¡Si vales tú solita más que todas las novias del mundo!

Y le secaba las lágrimas; y con un diluvio de flores, de caricias y de zalamerías, acababa por hacerla llorar y reír al mismo tiempo.

II

Pero como nada hay perfecto en la tierra, no todas han de ser alabanzas; y necesario es decir que los señores de Enríquez, con ser la misma bondad y la propia justicia, tenían un defecto, un punto débil, un flaco, uno solo, pero que les cogía de pies á cabeza.

El flaco, la debilidad, la chifadura de aquel santo matrimonio era su hijo. Como no se casaron muy jóvenes, y como no tuvieron más sucesión, ni por desdicha esperaban alcanzar nietos, Fernando vino á recoger y condensar toda la suma de amor que fueron capaces de dar aquellas dos almas amantísimas.

Y lo que nunca habían sentido doña Carmen y don Alfonso por sí mismos, orgullo, vanidad, coquetería, sentíanlo ambos por su heredero; presumían de la salud, del valor, del entendimiento y, sin darse cuenta de ello, hasta de las conquistas de Fernando.

¡Ellos, incapaces de sentir ni aun amor propio, tenían vanidad hasta de las vanidades de su hijo!

Pero aquel orgullo, aquellas vanaglorias paternales estaban mezcladas con tanta abnegación, con un entusiasmo tan comunicativo, con

una alegría tan pura y tan divina, que si todo ello constituía defecto, éste era tan perdonable y simpático, que daban ganas de aplaudirlo y hasta de envidiarlo.

Para aquellos buenos padres, como Fernando no había nada. Fernando era el mejor hijo, el más perfecto caballero, el más bizarro soldado y el más guapo mozo de la tierra.

Por la diferencia que se notaba entre el afecto que los ancianos consagraban á la huerfanita y el que rendían á su hijo, podía adivinarse, no medirse, la magnitud de este último.

Con ser tan tierno, tan generoso y grande el cariño que los buenos esposos tributaban á Lolita sentíase en él algo de concesión á su desgracia, de recompensa á su bondad; se advertía que no era todo gratuito, absoluto y como fatal, es decir, sentíase que á Lolita la querían *por algo*, y á Fernando *porque sí*.

La actitud del matrimonio para con la huérfana parecía decir: «Te queremos porque eres débil, desgraciada, inteligente, cariñosa y buena, porque lo mereces y porque sabes ganártelo.»

A Fernando parecían decirle ambos con todo su ser: «Te queremos porque eres hermoso, inteligente, bueno, apuesto, dominador y arrogante como un héroe, como un semidiós; pero, aunque no fueras nada de eso, te queríamos lo mismo, incondicional, injusta, brutal y divinamente, por una razón suprema y despótica: porque eres nuestro hijo único, nuestra adoración, nuestro ídolo.»

Y, en efecto, Fernando se sentía ídolo, y á pesar de su natural generosidad, de su franqueza expansiva, de su condición ingénitamente cariñosa y tierna, no podía sustraerse al mareante influjo de aquel incienso embriagador que le envolvía. Es casi infalible que todo ídolo humano se vuelve un tanto ególatra, y que todo ser apasionadamente amado da al fin en egoísta.

Sólo que este egoísmo, peligrosísimo en los temperamentos absorsivos y vehementes, en las naturalezas dóciles y bondadosas como la de Fernando, no pasa de ser una deliciosa fruición, un suave abandono al culto ambiente, un exquisito dejarse amar, un voluptuoso dejarse adorar y servir de rodillas, una seductora delectación en los propios méritos y virtudes, que conduce mansa é insensiblemente al fácil olvido de los otros y á la mórbida complacencia, engreimiento y amor de sí mismo.

Pero lo más singular de este caso frequentísimo, es que los padres adoradores no se duelen del egoísmo del hijo adorado, antes parecen alegrarse de él, como si juzgándole digno de todos los amores le agradecieran que se amase él á sí propio.

Claro es que estas cosas no se dicen ni aun se confiesan nunca; pero se expresan con tal elocuencia, que la vida toda y el ser entero de los que las sienten no son sino traducción literal de ellas:

Tales sentimientos, que se exhalan de quien los lleva en sí, como perfume penetrante, se as-

piran en el aire de las casas, son el ambiente moral de las familias.

Lolita respiraba desde niña en aquel aura de amor. Sabía, como los niños saben estas cosas, que servir á Fernando, mimarle, quererle, era hacerse querer, mimar y acariciar de sus padres. Y como ella necesitaba tanto que la quisieran y la mimasen, como necesitaba tanto querer, cultivaba afanosa aquel terreno fertilísimo, segura de recoger ciento por uno.

Además, ¡le era á ella tan fácil y tan dulce querer al primito guapo!

Luego, por la fuerza misma de los respectivos caracteres y posiciones, todo lo que tenía él de egoísmo inconsciente, de indiferencia desdeñosa, de superioridad arrogante, de vanidad masculina, atardimiento juvenil, frivolidad elegante, *donjuanismo* venial y *snobismo* capital, teníalo ella de reflexión anticipada, de abnegación instintiva, de exaltación idealista y sentimental, de previsión, ternura y *proteccionismo*—no hallo palabra más gráfica—, de *proteccionismo* femenino.

Aunque Fernando le llevaba ocho años, gustábale á ella desde la infancia hacer con él de la mujercita, de la señora y, en ocasiones, de la madre. Y lo cierto era que ¡buenos disgustos, diabluras y peligros evitóle ella con su previsión incomparable!

El muchacho reconocía hidalgamente aquella superioridad de juicio y de cordura de la chiquilla, y se dejaba cómodamente proteger, riéndose con fraternal cariño y con suficiencia de

hombre experto de la graciosa gravedad con que tomaba el arrapiezo su papel de protectora y de madrecita.

Y la picaruela, que por tales caminos entrábase á más andar en el corazón de los viejos, acababa de conquistárselos haciendo suyo cuanto era de Fernando.

Y así, como por derecho propio, pero con general aprobación, desde muy niña se nombró á sí misma *gentil hembra de la cámara de Su Alteza*—como decía con hechicero donaire—, apoderándose como de una prerrogativa de los múltiples cuidados que requerían el doble vestuario (de militar y paisano), el refinado tocador y las elegantes habitaciones del primito.

Porque el general, accediendo á los gustos de Fernando y en obsequio á su tercera estrella, habíale dejado y aun ayudado á hacerse dentro del viejo caserón austero y anticuado una elegante *garçonnière*, un cómodo y comfortable *home*.

Tres grandes habitaciones decoradas con gusto y distinción varonil, sin lujo y sin bibelotes cursis. Una alcoba muy clara con muebles ricos y severos; un tocador provisto de cuanto puede apetecer el más pulcro y exigente *gentleman*, y un enorme salón, destinado por mitad á billar y esgrima, rodeado á trechos por muelles divanes, ó por cómoda librería baja, y adornado de ricos tapices y de panoplias formadas con armas preciosas, de las más diversas nacionalidades, trazas y materias.

El departamento de Fernando tenía entrada

particular por la escalera principal de la casa, á fin de que el muchacho gozara de la independencia que sus años y sus gustos mundanos requerían.

Pero ni la generala se acostaba ninguna noche hasta que volvía su hijo, ni éste, que adoraba á su madre, abusó jamás de la libertad concedida.

Lolita era la única que gozaba del privilegio de penetrar en las habitaciones de Fernando, en el *templo de Apolo*—como ella burlescamente decía—, y la sola que acertaba á darle gusto en el arreglo y limpieza del complicado sistema de cepillos, cosméticos, frascos, pulverizadores y demás utensilios de cuidado y estética personal que constituían el tocador del presumido muchacho.

Y lo que hacía con los enseres de *toilette*, hacíalo con los útiles de fumar, con los libros, con el servicio del té, y con las ropas de Fernando, todo lo cual, al salir éste ruidosamente con sus amigos recién acicalado, guapo y como triunfante de salud y de hermosura, quedaba en magnífico desorden esparcido por encima de los muebles ó por el santo suelo, artísticamente revuelto con mascarillas ó manoplas de esgrima, tacos de billar y papelucos encañonados al probar las tenacillas de rizarse el bigote.

Era de ver el esmero, pulcritud y cariño que ponía la niña en aquellos cuidados.

Algunas veces la sorprendían los viejos jadeante y encendida por la agitación de la faena. Entonces se miraban con mirada intensa y elocuente, que empezaba en pregunta y acababa en

congratulación. Sus ojos decían: «¿Qué te parece?... Si eso—lo que ambos soñaban—llegara á ser, ¿qué mayor alegría?»

III

Pero como las de este mundo no duran, ya hacía tiempo que la de aquella casa se enturbiaba á veces con una nube de inquietud. El general no estaba bueno.

A veces súbitamente palidecía hasta quedarse cadavérico; se llevaba ambas manos al corazón, y por breves momentos parecía suspenderse la vida.

Y con la suya quedaban también como en suspenso las de doña Carmen y Lolita, á quienes paralizaba el terror. Pero el mal era rápido, muy rápido; duraba lo que un abrir y cerrar de ojos; y pronto se restablecía la tranquilidad, á lo menos en apariencia, porque ambas mujeres habían perdido ya la confianza y el reposo.

¿Qué padecía el general? Según un médico, reuma al corazón; según otro, un principio de hipertrofia; al decir de un tercero, anemia y neurosis. ¡Vaya usted á averiguar!

El veterano y su hijo conocían muy bien la fecha y el origen del mal; pero las mujeres no debían saberlo.

Un día, hacía varios meses, Fernando estuvo á punto de tener un duelo; súpolo el general á tiempo de evitarlo, y lo evitó; pero lo que le duró el miedo al riesgo que su Fernando corría bastó para ocasionarle el daño, que, al parecer, era de muerte.

Para agravar la dolencia de don Alfonso y el sobresalto de su familia, vino la guerra, la desoladora guerra de Cuba, y con ella la amenaza constante de los sorteos que esperaban á Fernando.

¡Un sorteo para la guerra es algo espantoso que sólo las esposas y los padres saben definir; algo así como jugar á cara ó cruz la vida del hijo ó del esposo! Los días señalados para esa horrible lotería tienen más horas que los demás y suponen para los padres españoles un martirio más cruel que ningún martirio físico, una tortura insostenible y enloquecedora.

Y si tales tormentos son capaces de destrozar el más entero corazón de padre, ¡imagínense los estragos que harán en un corazón enfermo!

La sola probabilidad de aquel riesgo que amenazaba á Fernando fué ya un mal positivo para el pobre don Alfonso, que se desmejoraba visiblemente.

Pero el peligro no quedó, por desdicha, en amenaza.

El día del sorteo de Fernando fué día cruel y memorable para la atribulada familia de Enriquez.

Todos sabían con anticipación el temido suce-

so, y todos callaban, empeñados en ocultárselo mutuamente. Fernando había hecho desaparecer, con diversos pretextos, cuantos periódicos anunciaban el sorteo; pero el general había leído ya la noticia en casa de otro veterano de sus tiempos —única visita que su estado le permitía frecuentar—, y, herido ya por la terrible certidumbre, obstinábase, con solicitud funesta para él, en ocultarla á las mujeres, singularmente á la madre, escondiendo su agonía bajo una máscara de dolorosa jovialidad.

Porque en la tensión de sus músculos faciales y en el temblor de sus labios incoloros se modelaba, con rasgos crueles, la lucha con que el dolor, próximo á romper en llanto, pugnaba por hacerse alegría, traduciéndose al cabo en sonrisa crepuscular y angustiada, mucho más patética y conmovedora que las lágrimas.

La generala, que también estaba en el secreto—gracias á la oficiosidad de una amiga—, leía en el alma de su adorado Alfonso la certidumbre que él, con heroico esfuerzo de amor, trataba de ocultarle; asustábale este esfuerzo, pero aún le asustaba más el promover una crisis: veía por momentos engrosar la ola de dolor dentro de aquel pecho anheloso, y temía que, al romper, rompiera en su tremenda explosión la pobre entraña doliente, el corazón enfermo en que se estaba cebando el más cruel de los roedores: la incertidumbre mortal.

Y así, la atribulada esposa y madre, mintiendo serenidad con una triste mueca, espectro de

sonrisa, pugnaba por absorber ansiosamente dos dolores tan enormes, que no cabían ya en todo su ser.

Lolita, colocada entre aquellas dos nubes de angustia, próximas á estallar con estallido de extremo dolor, ó tal vez de fulminante alegría, de esas que matan al brillar, como el rayo; Lolita, la *chiquilla vieja*, la niña reflexiva y previsora, la tierna mujercita, fuerte contra la adversidad, parecía serena, y hasta se la hubiera creído tranquila, casi indiferente, á no ser porque su habitual palidez de azucena habíase convertido aquel día en palidez ebúrnea y casi transparente, parecida al tinte cadavérico que toman las estatuas de alabastro en la atmósfera de las catedrales.

Con filiales adivinaciones delicadísimas cuidaba de los afligidos padres; media las palabras para que, sin herirles por frívolas, no pecasen de conmovedoras, precipitando el deshielo del llanto represado.

Eran más de las dos, y... ¡nada!: ni Fernando, ni el asistente, ni los amigos; nadie parecía. Llamaron, sí, algunas visitas, que no fueron recibidas, pero cuya solicitud á aquellas horas subrayaba para la familia la violencia de aquel convencional fingimiento.

A cada instante que pasaba agravábase cruelmente la situación. La cara del general se contraía con alarmante angustia, el silencio era ya intolerable, y las palabras se ahogaban en llanto ó se anudaban á la garganta, como anillos de serpientes, de cada vez más opresores y asfixiantes.

Lolita midió rápidamente la profundidad del abismo en que iban á caer aquellos padres, y resolvió dejarlos resbalar suavemente para atenuar la violencia del golpe.

Y así, á las primeras lágrimas que rodaron por las pálidas mejillas del general, delatando el vencimiento de su entereza, la niña, rodeando con sus brazos los cuellos de sus padres adoptivos, exclamó suavizando el sentido y hasta el sonar de sus palabras:

—¡Vamos, padrecitos! ¿Para qué mentirnos lo que sabemos todos? ¿Para qué sonreír por fuera, si los tres lloramos por dentro?

Aquí el dolor represado rompió los diques con arrolladora fuerza.

La niña osó entonces atajar el ímpetu de la corriente, dominándola con su débil vozecita, é interrogó de improviso.

—Pero ¿por qué llorar así, cuando todavía...? —y se detuvo, dudando del valor de aquel consuelo.

Los infelices padres se asieron á él como á tabla salvadora.

—¿Sabes algo?

—Todavía... ¿qué?—preguntaron simultáneamente.

—No sé nada, pero...—aquí se detuvo y enrojeció súbitamente al sentir el rumor de unos pasos bien conocidos.

—Todavía... ¿qué?—preguntó el general, pendiente de la respuesta.

—Todavía no...—balbució la niña maquinal-

mente, y apareció Fernando pálido como un cadáver.

¿Qué podía hacer el pobre muchacho? ¿Callar? ¿Hablar?... Todo era malo en tal situación.

La madre se levantó, miró á su marido y se detuvo aterrada, ahogando un grito y dejando caer los brazos extendidos para recibir á su hijo.

Fernando venía de uniforme. Aquel uniforme significaba algo que para el general había valido y valdría siempre más que la vida, más que la familia, más que los hijos: la patria, por quien morir no era ni heroísmo, era deber sencillo, sublime: el deber militar.

Y estas dos palabras, que formaban el fondo de su alma toda española, salieron reposada y solemnemente, pero casi sin sonido, de sus labios:

—¿Conque el deber militar?...—articuló mirando á su único hijo con una entereza que no estaba ya en su cuerpo, que residía sólo en su alma.

Fernando tenía el culto de su carrera, porque tenía el culto entusiasta de la patria; pero cuando, al avanzar hacia ellos, miró alternativamente á aquellos tres seres que eran para él toda la patria y lo mejor de ella; cuando miró la cara de su padre..., ¡un momento fué!, pero estuvo á punto de maldecir del deber militar, que le obligaba á clavar el puñal en el corazón moribundo del idolatrado viejo.

—¡Sí, padres de mi vida! —afirmó el pobre mozo, cayendo de rodillas ante el sillón del enfermo.

—¡Hijo de mis entrañas!—gritó la madre; y los tres se confundieron en un abrazo desesperado y supremo.

Interrumpiendo aquel silencio mezclado con sollozos, sonó un gemido y después un golpe.

Todos se volvieron rápidamente. Detrás del general yacía Lolita en el suelo, rígida, inerte, inmóvil.

Fernando corrió desolado hacia ella. Le tomó las manos: estaban frías y crispadas; tocó su frente, sus mejillas, sus labios...: todo era hielo, inercia, insensibilidad.

¡Dios mío, su niñita mimada parecía un cadáver! ¿Qué era aquello?... ¡Así debía ser la muerte!

El bravo muchacho se estremeció aterrado. Levantó ágilmente el ingrave cuerpecito y lo depositó con tierna suavidad en la cama de sus padres, cuya alcoba era la más próxima.

Los pobres viejos acudieron sobrecogidos. Estaban atónitos y como alhelados. ¿También su niña? ¿Qué pasaba? ¡Aquello era mucho para un solo día! Pero acaso la ruda sacudida determinada por la nueva y cruel sorpresa, dividiendo y desorientando la atención de los dolientes padres, debilitó la brutal violencia del golpe recibido.

Entretanto Fernando contemplaba desolado á Lolita y sentía una pena indefinible. En aquella hora en que su destino se había decidido, al pensar que pronto dejaría á España, á sus padres, á su hermanita, sintió que todos los amores de su vida afluían con fuerzas sobrehumanas

á su corazón. ¡Jamás había querido tanto á los suyos! Llegó á su casa sediento de abrazarlos, de llorar mucho, de quererlos y de que le quisieran más que nunca.

Mirando aquel cuerpecito exánime, aquella carita lívida, parecíale que toda su niñez, toda su juventud, sus dulces intimidades, sus cariños más puros y sus recuerdos más tiernos se morían.

¡Nunca midió él todo lo que valía aquel desvelo constante, aquellas confianzas tiernas, aquella bondad inalterable, aquellos cuidados casi maternos que con tan impagable abnegación le prodigaba la niña! ¡Nunca le hicieron tanta falta como aquel día sus consuelos, sus reflexiones, su cariño!

¡Y justamente aquel día...!

—¡Pero, Lola, Lolita, hermana, óyeme!—sollozó Fernando, que ya no podía con tantos dolores juntos.

El general, afigidísimo, cruzó las manos y alzó los ojos al cielo como si rezara. Doña Carmen, llorando y demudada de terror, levantó la almohada que sostenía la inánime cabecita de la niña.

Y lenta, suave, tenuemente, comenzó á sentirse su débil alentar. Fernando, para convencerse de que respiraba, acercó su cara á la de ella.

Y cuando el breve aliento, menos que tibio y casi imperceptible, rozó apenas sus labios secos y estremecidos por la angustia, Fernando, el bizarro militar, el desdeñoso conquistador, el rígido y correctísimo *gentleman*, el impasible már-

mol helénico, perdió toda serenidad y, estrechando la mano de su madre, dijo casi llorando:

—¡Vive, vive! ¡Ay, no sabía yo que la quería tanto!

—¡Ni yo tampoco, Fernando!—articuló débilmente la niña, no bien dueña todavía de su conciencia, con la divina ingenuidad de un sentimiento más fuerte que la vida; y rompió á llorar violenta, convulsivamente.

Fernando la miró con asombro y como herido por súbita luz reveladora de un virginal misterio nunca por él vislumbrado.

Entonces en las mejillas de la niña comenzaron á mezclarse con los tibios reflejos de la vida que volvía, los arreboles del virginal recato alarmado y temeroso.

Fernando seguía mudo, inmóvil, absorto, y Lolita lloraba cada vez con mayor fuerza y desconsuelo. Porque si antes lloraba de amor y de pena, ahora lloraba también de pudorosa vergüenza, con nerviosa, femenina y agudísima susceptibilidad. Lloraba por Fernando, por sus padres, por ella, por la desgracia de aquel día, por su secreto revelado, por su esperanza, quizás defraudada para siempre, por su dignidad de mujer, acaso humillada inútil y eternamente; lloraba de amor, de pena, de vergüenza, de impotencia, convulsa, frenética, histéricamente, como una mujer apasionada y ofendida, como un niño doliente y abochornado. Pero lo que flotaba sobre su llanto y sobre todo su ser era el amor; el amor afligido, desconsolado, inmenso, que, á impulsos

de la pena violentísima, se desbordaba inagotable y arrollador de su alma.

Mentira parecía que en tan débil y delicado organismo cupiese tan enorme, tan poderosa sensibilidad.

Los viejos se miraron sorprendidos. Aquello era demasiado. Aquél no era dolor de prima, ni siquiera de hermana. Con semejante fuerza, con tal ímpetu, con desconsuelo tan insuperable no se llora más que por un sentimiento: por amor.

Al convencerse de ello, el pobre general tembló por la suerte de su niñita querida, sondeó el porvenir con terrible lucidez, y, acongojado ante aquel dolor inconsolable, tomó la mano de Fernando y le dijo con solemne y sencilla elocuencia:

—Hijo mío, tú te vas; nosotros... sobreviviremos poco á este dolor... Y sin nosotros, ¿qué va á ser de ella? ¡Mira que te hablo como en mi última hora!...—y los sollozos cortaron su voz; después continuó gravemente:

—¡Yo te la encargo, te la encomiendo, la pongo bajo la tutela de tu honor y tu cariño! ¡Mírala como si ella fuese la patria y nosotros, y tu honra, todo junto! ¿Me lo prometes, me lo juras?

—¡Sí, padre mío!

Pero Lolita lloraba más que nunca. Lloraba acongojada, jadeante, sofocada, convulsa, casi epiléptica, porque la enorme carga nerviosa acababa por estallar en terribles carcajadas histéricas. Su débil tórax se hinchaba como si en él hirvieran olas vivas de pasión, que, al romperse

con agudo estallido, lo salpicaran todo de lágrimas y lo inundaran todo de amargura.

Y era que el amor acumulado, oculto, comprimido por largos años, la pena disimulada, opresiva, mal contenida durante aquellos días y más que nunca en aquella cruel mañana, desatábase, al cabo, en expansión soberbia, aterradora, sublime como la tempestad. Era la rompiente formidable de los sentimientos de un alma, que cobraban en una hora todas las energías de su oprimido y soberano albedrío.

Porque no era aquello una simple crisis nerviosa, no era neurosis, ni histerismo, ni epilepsia: era, al contrario, el sobrehumano poder del espíritu, que, al desencadenarse un día como viento de lo alto, arrollaba trágicamente á su paso todas las fuerzas de la materia.

Por eso aquel dolor, que imponía como la tempestad y hacía enmudecer como el trueno, parecía tener aún elocuencia más alta.

Fernando, sobrecogido y temeroso, interrogó á su madre con la mirada.

Y doña Carmen, con esa fina percepción psicológica propia de las mujeres, le dijo al oído, en voz apenas perceptible:

—¡Cuánto te quiere, hijo mío!

Fernando pareció despertar; percibió más distinto el rayo de luz que antes le había herido deslumbrándole. Miró á sus padres; pensó en el porvenir, en la predicción del general, en su juramento; se vió por un instante solo, desterrado, sin familia..., y vió en Lolita, confundidos é

incarnados como el anciano le había dicho, la patria, sus padres, el honor; y entonces todas aquellas fuerzas vivas que en aquel día memorable le ataban tan estrechamente á la tierra bendita de España, al pasado querido, á la niñez divina; todas aquellas fuerzas sobrehumanas le impulsaron irresistiblemente hacia la adorable criatura.

—¡Lolita, niña mía!—dijo tomándole una mano—, ¿has oído mi juramento? ¿Quieres que empiece á cumplirlo desde ahora?

La carita, bañada de llanto, resplandeció con luz más pura que la del iris que brilla en la atmósfera mojada de la tempestad.

—Mi padre te ha puesto bajo mi amparo y tutela: ¿quieres que, para llenar dignamente mi sagrada misión, te dé mi nombre y te consagre mi vida?

Lolita, que lloraba ahora mansamente, entornó los párpados confundida y ruborosa.

El primo, entonces, acercando los labios á su oído, le dijo en el tono de las tiernas confianzas:

—¿Me quieres, nenita?

—¡Con toda mi alma!—respondió ella, sonriendo entre sollozos.

Al ver despuntar aquella dicha en medio de tanto duelo, el general dijo amargamente á su mujer:

—¡Mira en qué hora vienen las alegrías!

Y ella á él con santa confianza:

—¡Bendito Dios, que nos las manda cuando más las necesitamos!

El anciano miró á su celestial compañera con ternura de enamorado.

¡Cuánto hubieran gozado ellos viendo retoñar en sus hijos sus bien logrados amores!

Pero... ¡quince días después Fernando salió para Cuba!

IV

Los tristes augurios del general no tardaron en cumplirse.

Las emociones del sorteo y de la escena que le siguió; las indescriptibles del día de la despedida, más desgarradora para los ancianos que la presentían eterna.

¡Y después de la partida de Fernando, el hondo, incolmable vacío que dejó en aquella casa, antes toda llena de su presencia, toda animada por él; y ya sin él silenciosa, fría, cadavérica! Y sobre el dolor de la ausencia, las inquietudes de la travesía, primero, y después de ella el terror al mortífero clima, la amenaza cruel de la guerra, el sobresalto continuo, la incertidumbre de todos los momentos, agrandada por la distancia, agravada por la enfermedad del anciano, acrecida por el amor infinito de aquellos tres desventurados que alentaban con la memoria del ausente.

Tantas ansiedades, tanto dolor, tanto género de tortura junto, acabaron en breve con la débil resistencia del pobre enfermo, que, tres meses después de la partida de su hijo, murió como había vivido: apacible, hidalga, religiosamente.

Al punto en que espiraba, sacaron á doña Carmen desmayada de la alcoba. Lolita, acongojada y casi exánime, iba á seguirla. Pero de pronto se detuvo, pensó lo que hubiese hecho Fernando en aquella hora. Y con heroico esfuerzo se acercó al lecho mortuorio y posó tenue y reverentemente sus deditos estremecidos sobre los párpados violáceos del cadáver. Sobrecogida y asustada, los retiró de súbito. ¡Entonces los párpados inertes volvieron á abrirse, y las pupilas vidriosas y extintas parecieron mirar trágicamente allá lejos, muy lejos!... ¡Adonde miran hasta después de muertos los ojos de los padres españoles que se apagan para siempre sin haber vuelto á ver á sus hijos!

V

Con santa conformidad soportó la esposa cristiana el tremendo golpe. La resignación no le faltó ciertamente; pero le faltó la vida.

Se habían amado durante cuarenta años—diez de noviazgo y los treinta de matrimonio—, y en